

Beatriz es una niña que decidió cambiar la gimnasia artística por el fútbol, con tan solo 13 años. Sus padres, sorprendidos por la decisión, decidieron apoyarla siempre que esta nueva afición no afectara negativamente a su rendimiento académico. Pronto descubrieron que las cualidades innatas de "la zurdita", la hacían destacar por encima del resto de sus compañeras.

A pesar de la fama y los elogios recibidos tras ser seleccionada para jugar con la selección española, la chica trató de mantener los pies sobre la tierra en todo momento, mostrándose cercana a su familia y amigos.

Es difícil entender la historia de Bea sin la figura de Jacinto, un vecino que reside en la misma comunidad y del cual es inseparable. Juntos viven una entrañable historia de superación y amistad.

El inicio de algo

Con el paso inexorable del tiempo, todos podíamos observar cómo su desarrollo progresaba a medida que transcurrían los meses. Beatriz había despertado paulatinamente de la inevitable pubertad, en sus recién cumplidas trece primaveras.

Cuando la adolescencia dio comienzo, aquellos objetos que de niña tanto le gustaban fueron sustituidos gradualmente por otros propios de su edad. Donde más lo advertimos fue en sus momentos de ocio; aquellas muñecas y los utensilios de cocina se reemplazaron por figuras estilizadas que vestía y pintaba. Las canciones de María Figueroa «la niña de los pompones», que tanto la embelesaban, las cambió por otras más actuales y modernas que sonaban en las nuevas emisoras de radio. Pero la cosa no quedó ahí, los pósteres infantiles de películas de Disney, que tenía colocados en su dormitorio, desaparecieron y en su lugar figuraban otros de artistas del momento como Hannah Montana o Justin Bieber.

Ese mismo cambio se produjo en su apariencia física, con las particularidades que conciernen a las jóvenes durante su adolescencia. Cerraba la puerta de su habitación al cambiarse de ropa, advirtiendo encarecidamente que llamáramos antes de entrar. Ya no le gustaba que su madre le hiciera coletas en ambos lados de la cabeza. Se practicaba una cola alzada o dejaba su melena suelta, luciendo a su vez un flequillo que cubría parte de su frente, al igual que muchas de sus amigas. Aquellas pecas alrededor de sus ojos y sobre su nariz que tanto me gustaban se acentuaban a la par que iba inclinando su semblante cada vez más al de su madre. En esta metamorfosis se entremezclaban mis rasgos juveniles de antaño junto con los de mi mujer. Lu-

cía un aspecto característico de las jóvenes griegas típicas de la antigüedad, donde ningún rasgo en particular resaltaba exageradamente y todos lo hacían en general, comenzando la transformación de una adorable niña a un proyecto serio de mujer.

Este cambio hacia la adolescencia no eludió algunos recuerdos felices y cariñosos de cuando era niña, que habían quedado grabados en mi memoria y que jamás olvidaré. Añoro con nostalgia cómo la mayoría de los viernes por la tarde se desplazaba al Pabellón Municipal para recibir clases de gimnasia artística. En aquel momento su madre y yo consensuamos que sería la mejor actividad para su crecimiento, le brindaría la oportunidad de favorecer su desarrollo y experimentaría la disciplina de algunas actividades deportivas. Durante cierto tiempo, aquello de practicar gimnasia le encantaba; aguardaba ansiosa a que regresara del trabajo para mostrarme la nueva vuelta atrás o el giro de izquierdas que aquel mismo día le habían enseñado sus monitores.

Era raro el viernes que no regresaba agotado a casa, fruto de un incalculable número de kilómetros efectuados sobre mi espalda, dando por finalizada otra dura semana repleta de visitas por toda la provincia. ¡Cuánto énfasis aplicaba a sus nuevas piruetas y qué bien daba sus explicaciones!

A pesar de la fatiga siempre me esforcé por escucharla, dedicaba toda mi atención a sus movimientos, luciendo una gran sonrisa en mi rostro mientras seguía al pie de la letra sus indicaciones. Me bastaba con el hecho de contemplarla tan desenvuelta e ilusionada para que al instante desapareciera el cansancio y las preocupaciones que había acumulado a lo largo de la semana.

Los cambios físicos que se produjeron en Beatriz también los percibía en mi deslucida figura, reflejada sobre aquel ingra-

to espejo del salón al que evitaba mirar. En muchos momentos, cuando contemplaba ese aspecto tan malogrado, tardaba en reconocermme; no daba crédito a lo desmejorado que me encontraba. El desánimo hacía mella cada vez que descubría nuevas arrugas en el rostro, mientras reparaba en las temidas canas y la escasez de cabello en determinadas zonas de mi cabeza, inevitablemente cada día que pasaba iba adquiriendo un aspecto más ajado. Esta transformación, producto del paso del tiempo, también se acentuó debido al estrés, la cantidad de horas de trabajo y la presión que ejercía sobre mí la delicada situación económica que atravesaba el país.

En el fondo me podía considerar afortunado por conservar el empleo, pues en general la crisis estaba haciendo estragos. El escenario era preocupante, la banca había cerrado el grifo del crédito al sector industrial, principalmente al de la construcción, reduciendo la liquidez a miles de trabajadores autónomos y a pequeñas empresas. A diario se producían numerosas situaciones dramáticas que nadie podía imaginar en una sociedad acostumbrada a nadar en la abundancia. El detonante principal fue la explosión de la burbuja inmobiliaria, no cabe duda de que todos sufrimos sus consecuencias de una manera directa o indirecta, de este modo millones de personas quedaron sin empleo y sin ningún tipo de recursos. Los afortunados que todavía conservábamos el trabajo salíamos de casa concienciados de que cualquier error durante nuestra jornada laboral sería fatal. Los datos arrojados sobre el paro o la precariedad laboral iban en aumento todas las semanas.

Esta nefasta situación destrozó las previsiones que nuestro gobierno barajaba para la obtención de los subsidios por desempleo; todavía tengo en la retina aquellas imágenes de cientos

de personas esperando en larguísimas colas frente a las oficinas del Instituto Nacional de Empleo.

Sinceramente temí por el futuro de mi hija, si antes de este desfavorable escenario muchos jóvenes tenían dificultades para encontrar un trabajo digno, conseguirlo ahora era toda una utopía. Nuestro gobierno no encontraba la forma de remediar el desastre, se enzarzaban echándose la culpa los unos a los otros, pronosticando soluciones salomónicas a una realidad alejada de sus opulentas vidas. Mientras, cada día que pasaba, más familias quedaban desahuciadas por no poder hacer frente al pago de sus hipotecas. Los jóvenes más atrevidos tuvieron que abandonar sus hogares y a sus seres queridos para probar suerte en otros países de la Unión Europea, mientras que el nuestro se fracturaba por los cuatro costados.

En lo concerniente a la economía nos encontrábamos en un momento delicado; sin embargo, en el panorama futbolístico éramos superiores a toda Europa. El fútbol español marcó una época de dominio absoluta, maravillando a todos los amantes de este deporte con su nuevo y brillante estilo de posesión de balón, sin que nadie pudiera superarlo hasta aquel momento.

La Selección de todos los españoles escribió un capítulo inédito en la historia, había ganado un Mundial y hasta por dos veces la Eurocopa; todo ello de forma consecutiva, un hito que probablemente nadie vuelva a repetir jamás.

Mientras tanto, en casa aguantábamos el chaparrón de la crisis como podíamos. Las ventas en el trabajo habían caído muchísimo y sondeábamos el mercado constantemente buscando alternativas, productos novedosos, materiales más económicos sin perder calidad, proveedores de confianza... Nos adaptábamos a cualquier necesidad que demandara el cliente y nos ayudara a incrementar nuestra cifra de ventas. El esfuerzo

por ser más competitivos no se veía lo suficientemente recompensado, pero, mientras que las cuentas cuadrasen, no cesaríamos en nuestro empeño por mejorar.

Por otro lado, mi mujer seguía diseñando productos de joyería: nuevos modelos de pendientes, collares y pulseras con componentes más baratos que en anteriores épocas, pero igual de llamativos. Su máxima inquietud, en aquel momento de incertidumbre, se centraba en apostar por la exportación de sus diseños a otros países y asumir un riesgo; o abandonar la devaluada venta de alhajas y afrontar una reducción en nuestros ingresos.

Aquel sábado frío de mediados de febrero, esperaba a que Beatriz se levantara para desayunar y conversar sobre todos los detalles acontecidos en su jornada escolar, tal y como acostumbraba cada fin de semana. De este modo, compensaba el tiempo que a diario me resultaba imposible dedicarle. Solíamos hablar de todo, me contaba qué tal había pasado su semana en el colegio, sus proyectos o sus preocupaciones. Permanecía sentado frente al ventanal de la cocina, tomando mi primer café matutino y reflexionaba sobre los motivos que podían haber provocado el comportamiento abstraído y distante que la niña mostró en los últimos días. Tenía la sensación de que algo la preocupaba, y a pesar de tener un sólido vínculo de confianza todavía no conocía el motivo de su inquietud. Con la taza aún en la mano, dirigí la mirada hacia el exterior del ventanal, observando con interés la tormenta que se avecinaba desde la costa. El horizonte pintaba en negro, iluminándose en ocasiones y presagiando lluvia abundante. Francamente, me sorprendió la virulencia con la que comenzó a caer agua, hacía tiempo que no se presentaba una tempestad como aquella en nuestra zona.

Durante la primera semana de aquel febrero inclemente, los medios de comunicación anunciaron que una ciclogénesis llegaría al país por el norte, sugiriendo tormentas acompañadas de vientos huracanados. Por suerte, en la zona de Andalucía donde la mayoría de provincias se encontraban en alerta, las previsiones no se cumplieron. A pesar de ello, llovía a cántaros y las calles se inundaron formando auténticos ríos; afortunadamente la borrasca logró satisfacer nuestra sed de agua por algún tiempo. No cesaban los truenos, decenas de rayos iluminaban el cielo rasgando el oscuro horizonte cuando en el quicio de la puerta, despeinada y en pijama, apareció la figura de Beatriz que entraba en la cocina. Probablemente el estruendo de los relámpagos interrumpió su descanso; mientras se desperezaba, observaba con sorpresa la cortina tupida de agua empantanando las calles aledañas que podíamos avistar desde donde nos encontrábamos.

—*¡Mira, mira, papá, cómo van las calles!*— indicó Beatriz.

—*Sí, sí, ya lo veo* — contesté. —*¿Te pongo la leche y el cacao?*— le pregunté.

—*¡Vale! Pero primero prepárame las tostadas*— respondió mientras miraba con curiosidad por la ventana.

Pasaron los minutos y con ellos toda esperanza de mantener con Beatriz la esperada conversación de todos los sábados. Quería conocer de primera mano cómo habían transcurrido para ella estos últimos días. Sin dejar de mirar por la ventana y completamente embelesada, devoraba las tostadas que momentos antes le había preparado con esmero. Seguidamente saboreó, en su tazón preferido, la leche bien calentita y mezclada con dos cucharadas de ese cacao soluble que tanto le gustaba. Sentí cierto recelo al comprobar que la niña estaba más intere-

sada en la tormenta que en hablar conmigo, así que me dispuse a leer el periódico del día totalmente concentrado.

Había transcurrido una hora escasa cuando la tormenta comenzó a debilitarse. El cielo se tornó de un color grisáceo acompañado de blancas pinceladas, cuando, en un instante en el que coincidieron nuestras miradas, me dijo:

—*Papá, ¿por qué no me inscribes en un equipo de fútbol?*

La lectura de las noticias que acontecieron aquel día había dejado en mí un claro desasosiego. Estaba tan concentrado asimilando la información que contenía el periódico, que no di importancia a la observación inicial de Beatriz.

—*Papá, ¿me escuchas?*— insistió.

Levanté la vista del periódico que hojeaba con atención y, sin cambiar mi cara fruncida por las inquietantes crónicas, pregunté distraídamente:

—*¿Es a mí?*

—*Sí, como ya te he dicho, me gustaría jugar en algún equipo de fútbol*— repitió nuevamente.

Orienté mi atención a sus comentarios.

—*¿No estás en gimnasia?*— le pregunté en tono de duda.

—*Sí, pero ahora... me gustaría cambiar y jugar al fútbol.*

—*Pero... ¿por qué? ¿No te gusta la gimnasia?*— insistí.

—*Hay unas niñas en el colegio que juegan al fútbol. Escuchándolas hablar el otro día, comentaban que es muy divertido. Además, sé que a ti también te interesa. Cuando eras joven jugabas, ¿no es cierto? Podrías enseñarme tú*— argumentó.

Sin saber qué responder, permanecí unos segundos en silencio mirándola fijamente. Seguidamente me propuse indagar un poco más.

—*Bueno, pero entonces ¿qué vas a hacer con la gimnasia, si ahora dices que no te gusta?*

—*La verdad, hace tiempo me encantaba y me distraía. Ahora ya no me entretiene como antes. Llevo algún tiempo queriendo decíroslo, pero no sabía cómo plantearlo—* añadió con voz melancólica.

—*Bueno, se lo comentaremos a tu madre a ver qué opina. Me informaré y cuando tenga alguna novedad al respecto hablaremos sobre el tema. No tengo ni idea de lo que existe en la ciudad referente al fútbol femenino. No obstante, ya sabes que no puedes bajar la guardia con los estudios—* expresé finalmente mirándola a los ojos.

Aquel fin de semana estuvimos reclusos irremediablemente en casa, por los intensos aguaceros que cayeron. Sentado en el salón donde habitualmente suelo acomodarme para disfrutar de la lectura, llegaban a mi mente imágenes de Beatriz cuando era más pequeña. Intenté concentrarme en un libro que hacía algún tiempo tenía pendiente terminar. Sin embargo, mi mente se encontraba estancada en el comentario que Beatriz había realizado en el desayuno de aquel lluvioso y frío sábado. En mi cara se dibujaba una sonrisa al pensar que de niña ya tenía aptitudes futboleras. Sin que ella se percatara, desde la ventana con vistas al jardín de nuestra comunidad, siempre le prestaba atención para asegurarme de que todo iba bien y de que no se hacía daño. A pesar de su complexión escuálida, la observaba pugnar con chicos mayores que ella, correr hacia delante y hacia atrás, sin que nadie pudiera quitarle el balón. Era un espectáculo ver cómo driblaba, gritaba y colocaba al resto de los chicos, vecinos de la misma comunidad. Siempre pedía que le pasaran la pelota, y en la mayoría de ocasiones salía triunfadora al dirigir el esférico entre los dos troncos del árbol que

simulaba la portería sin que nadie pudiera impedirlo. Cada vez que materializaba un tanto seguía una inevitable celebración de todos los compañeros de juego.

Aquellos recuerdos que se destaparon en mi mente, sumados al interés de mi hija por practicar el deporte que tanto amaba, me terminaron de convencer. Pensé que sería una buena idea que practicara un ejercicio alternativo a la gimnasia y que fuera de su agrado. La siguiente semana me estuve informando en la Federación de fútbol de la ciudad, para conocer de primera mano qué se podía hacer. Tras haberlo consultado con su madre, esta accedió a regañadientes, lo cierto es que no le agradó la idea de que abandonara la gimnasia.

Para mi mujer la gimnasia tenía un carácter menos brusco que la práctica del fútbol. Sus argumentos se basaban en que Beatriz llevaba algunos años practicándola y sencillamente nunca se había quejado de que la aburriera, era extraño que de un modo repentino hubiese dejado de interesarle. Al igual que resultaba llamativo el hecho de que me lo consultara a mí en primer lugar.

—*¿No será que se ha asustado de algo o de alguien?*— manifestó intrigada.

—*Simplemente creo que está creciendo y lo que de niña le atraía ahora ha dejado de interesarle. Busca nuevos alicientes y retos diferentes*— le argumenté pausadamente y con tono de voz tranquilizador.

—*Además, me parece que no estás siendo justa. Los tiempos están cambiando a una velocidad endiablada. Es importante transmitir a la niña esos valores, el hecho de que cuanto mayor sea la igualdad entre mujeres y hombres, la sociedad en la que vivimos será más imparcial. Hay muchos prejuicios, pero pienso que las chicas que juegan al fútbol son un ejemplo para demos-*

trar que lo pueden practicar igual de bien o mejor que muchos hombres. Hay que abrirse a los nuevos tiempos, la propia juventud, que es la dueña de nuestro futuro inmediato, es la que más está luchando para demostrar que la igualdad entre ambos sexos no solamente es un derecho reflejado en las leyes de este país, sino que es beneficioso para todos. Yo estoy con Beatriz, si quiere jugar y no se relaja en sus ocupaciones como estudiante, que lo emprenda y que pruebe, ¿qué podemos perder?

Nuestra pequeña era hija única, nuestro centro de atención en todos los sentidos, le daba luz a nuestras monótonas vidas, logrando que las adversidades cotidianas que todos nos encontramos fuesen insignificantes teniéndola a ella. Nos aportaba toda la fuerza necesaria para llevar a cabo cualquier proyecto. Con el simple hecho de verla feliz, nosotros nos sentíamos dichosos. Esta circunstancia no nos eximía de nuestras obligaciones diarias y especialmente de nuestros trabajos.

Las siguientes semanas fueron realmente agotadoras, surgieron varios compromisos laborales que alargaban las horas de trabajo hasta el anochecer. La mayoría de estos días regresé a casa falto de energías y sin posibilidad ni tiempo material para pasar por la Federación a informarme del asunto futbolístico, que tanta ilusión le producía a Beatriz.

Improvizamos una nueva orientación comercial en la empresa para incrementar en lo posible las ventas que se efectuaban, y debía informar personalmente de estas nuevas estrategias a todos nuestros clientes. La mayoría de cambios que tenían lugar iban enfocados a modificar la peliaguda realidad comercial de aquel momento. Esto a su vez propiciaba un descomunal volumen de trabajo: memorizar nuevos folletos, diseñar y estudiarse novedosas presentaciones sobre las ventajas de nuestra compañía, informar sobre los descuentos... Los núme-

ros mejoraban sensiblemente, sin embargo, no compensaban las horas dedicadas, ni el esfuerzo tan grande que todos hacíamos, y por supuesto no llegaban a cumplir los objetivos que se planteaban inicialmente desde la empresa.

Por si todas nuestras preocupaciones fuesen pocas, se acercaban las evaluaciones del primer trimestre del curso escolar para Beatriz. Ella trataba de afrontar estas pruebas con la máxima concentración, pero no podía evitar ponerse exageradamente nerviosa durante la realización de los exámenes de las diferentes asignaturas. Siempre manifestó que le faltaba tiempo para prepararlos mejor, a causa del excesivo número de ejercicios que enviaban desde el colegio para terminar en casa. Mi mujer la ayudaba en lo que estaba en su mano, la pobre también veía como los encargos en sus diseños disminuían y le brindaban un tiempo extra que lo dedicaba por entero a la niña.

Quería cumplir los deseos de Beatriz, verdaderamente tenía la intención de pasar por la Federación para informarme de primera mano de cómo se hallaba en la ciudad la situación futbolística femenina. Desgraciadamente, el escenario laboral que sufría, sumado a otros aspectos familiares importantes, ocupaba todo nuestro tiempo y lograron que olvidara por completo todo este asunto.

Fue nuevamente mi hija, para quien este tema se había convertido en una obstinación, quien me recordó con mucho énfasis que pasara definitivamente por la sede federativa. La insistencia dio sus frutos y al final pude conseguir escaparme entre algunas de mis visitas programadas.

Me facilitaron varios números de teléfono de entrenadores cualificados que se ocupaban de dirigir y entrenar, desde hace años, equipos femeninos de fútbol. Traté de informarme para

contrastar la información que me facilitaron, antes de llamar. A pesar de mi empeño no obtuve mucha información extra, salvo que entre las nuevas generaciones de chicas estaba cada vez más en auge la práctica de este deporte. Las licencias federativas de jóvenes interesadas en la práctica del fútbol aumentaban inexplicablemente cada año.

No quise alargar más la toma de esta decisión, la tarde siguiente después de terminar con mi última visita, mientras regresaba a casa, llamé a los teléfonos que la sede futbolera me había proporcionado. Después de una animada conversación con uno de los entrenadores, me comprometí a llevar a Beatriz la semana siguiente para realizar una prueba y evaluar si realmente tenía aptitudes. Había llegado el momento tan deseado para mi hija.

Aquel martes por la tarde tuve que posponer dos visitas para conseguir llegar lo más temprano posible a casa. Era el primer entreno de ensayo que iba a efectuar Beatriz, y necesitaba tiempo para dedicarme de pleno a la experiencia. Esperaba sentado en las escaleras del porche de la casa a que la niña acomodara, de una vez, todos los arreos necesarios en la bolsa de deporte. Aquellos atuendos que le habíamos regalado por su cumpleaños: botas, espinilleras, pantalón corto, medias deportivas...

Mientras esperaba, con un pitillo encendido que alivió por momentos la espera, me distraje divisando a lo lejos la gran multitud de niños que junto a sus padres jugaban en el parque. De igual modo, reparé mi atención en el cielo que aquella tarde lucía de un intenso color rojizo adornado por unas desiguales nubes blancas y anaranjadas.

Durante el trayecto hasta alcanzar las instalaciones deportivas, observé con disimulo a Beatriz. Se hallaba ensimismada en sus pensamientos; cerraba por momentos y abría repetidamen-

te los ojos. El nerviosismo interior, que la tan deseada prueba le producía, fue lo que originó ese estado inquieto en el que se encontraba en aquellos instantes. Me mantuve en silencio para que pudiera concentrarse, consideré que sería bueno para ella aquel momento de reflexión. Los minutos de meditación antes de llegar a las instalaciones deportivas significaron mucho para Beatriz.

La entrada de la noche era inminente. Caminamos en silencio, cada uno abstraído en sus pensamientos, mientras nos dirigíamos a los vestuarios. Una vez dentro, descubrimos un pasillo bien iluminado con puertas cerradas a ambos lados, donde previsiblemente estaban los departamentos para cambiarse de ropa. Al fondo se filtraba una luz blanquecina que contrastaba con la del pasillo, la puerta de uno de los departamentos se encontraba abierta. Desde aquel mismo vestuario, como música de fondo, se escapaba un griterío de chicas hablando y riendo en voz alta, agregada de una voz masculina diferenciadora, en la que reconocí al instante el tono de voz del entrenador.

El terreno de juego se iluminó en escasamente unos minutos. Las futboleras, entre ellas Beatriz, salieron a pelotear a la luz de los focos. Se había integrado en un grupo que movía el balón con pases cortos. La timidez inicial de Beatriz le impedía conversar con el resto de chicas. Le sonreí con gesto de aceptación, al observar que mientras calentaba había lanzado una mirada fugaz para saber dónde me encontraba, aquel gesto de complicidad seguro que la tranquilizaba.

Durante el transcurso del entrenamiento, dediqué la máxima atención a los movimientos que efectuaba mi hija. Las maniobras técnicas y tácticas de las muchachas que jugaban junto a ella eran muy parecidas. Sin dejar de prestar atención al entrenamiento, recordé las ocasiones en las que había tenido la

oportunidad de ver jugar en el colegio a Beatriz, se desenvolvía bastante bien entre sus compañeros, pero nunca imaginé que le gustara tanto. El desarrollo físico y las cualidades del resto de las chicas que seguían las indicaciones del entrenador eran muy parecidas a las de Beatriz, sin embargo, para mi satisfacción, había dos diferencias significativas que la distinguían del resto de compañeras: la manera de patear el balón y sus estilizadas piernas.

Transcurrido un periodo no muy largo de juego, comenzó a tocar el balón con mayor soltura. Reparé en que se manejaba estupendamente con la pierna izquierda y que, en carrera, sorprendentemente, era muy rápida. Pensaba quizá que sería amor de padre, pero a mi parecer lo hacía todo bien. Era expeditiva, lucía una envidiable técnica, se posicionaba bien y algo que en fútbol es muy importante: siempre conducía el esférico pegado al pie.

Al término del entrenamiento, mientras las chicas se duchaban, se acercó el entrenador para hablar conmigo. Las conclusiones posteriores a la prueba fueron bastante positivas. El técnico necesitaba más tiempo para realizar una evaluación correcta del potencial de Beatriz. Estaba totalmente de acuerdo con el razonamiento que me expuso el preparador, debía principalmente adaptarse al juego y prepararse mejor físicamente durante algún tiempo. Me comprometí a que Beatriz continuaría acudiendo a los entrenamientos semanales, siempre que condujera los estudios adecuadamente.

Concluido el entrenamiento, cuando nos dirigíamos al automóvil para regresar a casa, mi hija realizó un comentario, tras el que no pude reprimir una sonrisa por la sorpresa que me produjo:

—*Papá, ¿sabes? Me ha gustado el partidillo*— dijo en tono reflexivo.

—*Vale... ¿Crees que puedes jugar con estas chicas?*— añadí.

—*¡Claro que sí!, no solamente jugaré, seré de todas la mejor*— expresó con rotundidad.

—*Bueno... ya veremos. Si verdaderamente quieres jugar, tienes que esforzarte y aprender muchas cosas*— insinué. —*Pero tendrás tiempo. No falles en los estudios porque si no... te sacaré del equipo, ¿vale?*— señalé con decisión.

La determinación y la seriedad con la que formuló el comentario me sorprendió sobremanera. Al subirnos al coche, percibí dentro del habitáculo un agradable aroma floral procedente del pelo humedecido de Beatriz. —*Nada es más reconfortante que una buena ducha después de un entrenamiento*— pensé. Dispuestos para regresar a casa en el silencio más absoluto, comenzó en mi interior a irrumpir un pensamiento premonitorio de lo que posteriormente sucedería, pero no le di importancia y llegué a la conclusión de que serían tonterías producto de mi imaginación.

Con aquella nueva ilusión, se fueron sucediendo las semanas más rápido que de costumbre, y gracias a este pasatiempo las dificultades laborales y el tema de la crisis quedaron relegados a un segundo plano. Se acercaba un año más el fin de la primavera, sin que la lluvia hiciera acto de presencia en la provincia, produciéndose un nuevo déficit hídrico. Era preocupante pensar que según avanzaban los años la sequía iba en aumento y según las predicciones eso no mejoraría.

Por otro lado, Beatriz cumplió perfectamente con los entrenamientos que efectuaba todas las semanas, fue mejorando sobre todo la técnica y su posicionamiento en el campo. El transcurrir de las semanas y de los entrenamientos permitió

que superara la timidez que en algunos momentos la atenazaba, ayudándola considerablemente a adquirir una mayor confianza en sí misma y en sus posibilidades. Cada día se la veía mejor, sintiéndose totalmente implicada con las compañeras y con el equipo de fútbol.

Con la llegada del mes de junio finalizó felizmente el curso escolar y aquella temporada de entrenamientos; las calificaciones alcanzadas en las asignaturas de inglés y lenguaje no fueron todo lo buenas que esperábamos. Habían llegado las vacaciones y, aunque en aquel primer periodo asistió únicamente a los entrenos semanales que se efectuaban, quiso prorrogar su preparación para la siguiente temporada.

Regresaba a casa para recoger el ordenador portátil, que olvidé con mis prisas de siempre, mientras tanto escuchaba desde el automóvil las noticias que emitían de aquel caluroso día. Si hacía unos meses el paro era la noticia más comentada, ahora el tema de actualidad estaba relacionado con los inminentes recortes en los presupuestos del Estado para evitar la temida intervención en la economía del país por la Comunidad Europea. Mientras aparcaba, contrariado y con signos de preocupación por lo que acababa de escuchar en la radio, divisé a Jacinto solo en el porche de su vivienda.

Después del fallecimiento de Lucero, nuestra querida mascota, Jacinto y Beatriz se habían hecho muy amigos, adaptándose extraordinariamente bien a pesar de la diferencia de edad. Habían logrado una entrañable amistad, pasando dilatados momentos juntos durante los fines de semana, en los jardines frente a nuestra casa. Entre risas y bromas, también buscaban tiempo para visitar la estatua erigida en memoria de Lucero, para comprobar el estado de conservación y retirar las malas hierbas que hubiera en el enclave.